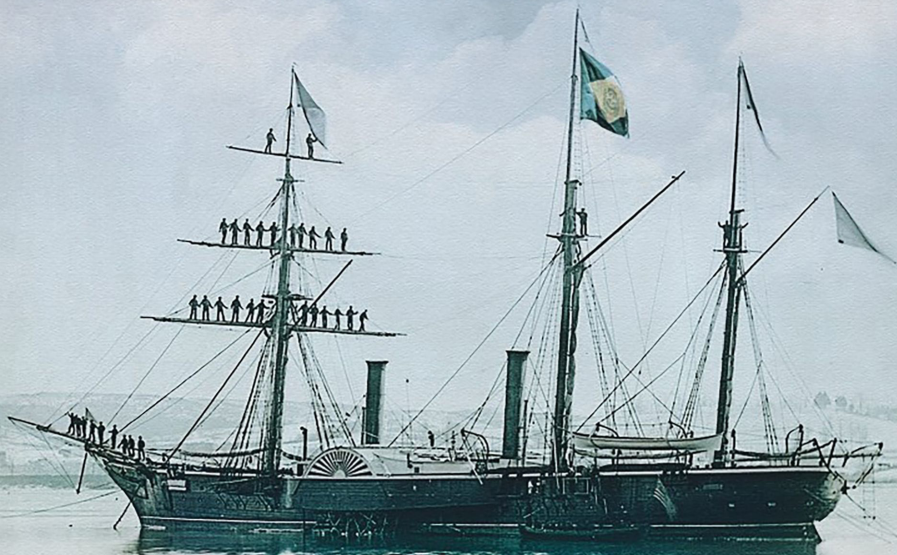


DIEGO FISCHER



EL PRECIO DE UNA TRAICIÓN

LEANDRO GÓMEZ:
«MORIR MIL VECES LUCHANDO»



Planeta

DIEGO FISCHER

**EL PRECIO DE
UNA TRAICIÓN**

LEANDRO GÓMEZ:

«MORIR MIL VECES LUCHANDO»

Investigación:

Diego Fischer y Rodrigo Guerra

 Planeta

Un compañero de armas y una proclama

Leandro Gómez supo siempre que la muerte lo esperaba en Paysandú. No sintió miedo, aunque lo invadió una profunda tristeza al pensar que nunca más vería a sus hijos.

La cerrada noche sin luna de fines de noviembre de 1864, cuando se embarcó en el bergantín que lo llevaría de Salto hasta su último destino, hubiera querido abrazar a Leandro y Faustina, ya adolescentes; a Luz Elena que, con ocho años, le escribía esquelas en las que le contaba que rezaba por él y le pedía a Dios que volviera pronto; y al pequeño César, de tan solo cuatro años. Para Gómez, los hijos eran su razón de ser, y por el futuro de ellos estaba dispuesto a dar la vida defendiendo la independencia de la Patria. No los veía desde la última vez que estuvo en Montevideo, hacía ya un año y medio. Entonces, con el grado de coronel, fue nombrado jefe del Ejército del norte del Río Negro para combatir la revolución encabezada por el colorado Venancio Flores. Recordó también a Carmen, su segunda esposa y madre

de sus dos hijos menores. Sentía agradecimiento hacia ella por haber desempeñado el papel de madre también con los dos hijos mayores. Se había casado con Carmen Lenguas a poco de enviudar de Faustina, la hermana, su primera mujer y el gran amor de su vida.

El primer matrimonio se había celebrado durante la Guerra Grande, en agosto de 1848, en la capilla de la Mauricia del Cardal¹. Gómez se desempeñaba como capitán del puerto del Buceo, en el Gobierno del Cerrito presidido por Manuel Oribe. La ceremonia la ofició el padre Domingo Ereño y fue apadrinada por Oribe y su mujer Agustina Contucci. Padrino y ahijado se habían conocido en tiempos en que don Manuel vivía en Buenos Aires durante su segundo exilio, y Leandro, con tan solo 24 años, llevaba las riendas de la sucursal del comercio familiar, en esa ciudad. El vínculo quedaría documentado el día de la boda, aunque el padrinazgo de Oribe fue también fundamental en la formación militar y política de Gómez.

El primer matrimonio duró casi seis años, Faustina murió siendo joven y dejó a dos hijos pequeños, Leandro de cinco y Faustina de tres años. El dolor de Gómez fue inmenso, dicen que lo acompañó por el resto de sus días.

Su propio suegro, el general Pedro Lenguas, alentó a Leandro a desposar a su otra hija. «Ambos somos hombres de armas al servicio de la patria y, como tales,

1. Población limítrofe a Montevideo hoy conocida como barrio Cordón.

nuestras vidas siempre estarán en riesgo. No es bueno que sus hijos puedan quedar huérfanos también de padre», le dijo Lenguas, que por entonces llevaba unas cuantas batallas libradas junto a Oribe y que, como su yerno, abrazaba la divisa blanca.

Gómez se dio cuenta de que lo mejor para los niños era que él se casara con Carmen. De esa unión, sacramentada el 19 de marzo de 1855 en la Catedral de Montevideo, nacerían César y Luz Elena.

La familia se instaló en la capital. Y durante algún tiempo en Salto, donde Gómez, sin abandonar la carrera militar, desarrolló tareas comerciales. Volvió a Montevideo en 1860, al asumir Bernardo Berro como presidente de la República.

A poco de estallar la revolución de Flores, en abril de 1863, se lo designó jefe del Ejército del Litoral, con la responsabilidad de defender las dos plazas más importantes, que aún respondían al gobierno de Montevideo. Berro terminó su mandato constitucional en febrero de 1864 y entregó el poder a Atanasio Aguirre, presidente del Senado, quien pasó a ejercer la Primera Magistratura hasta que se celebraran las elecciones, postergadas por el alzamiento de Flores.

La última orden recibida del presidente Aguirre mandataba a Gómez a radicarse en Paysandú para organizar su defensa. Salto quedaría bajo las órdenes del coronel José Palomeque.

* * *

En la tenebrosa noche, el barco soltó amarras y lentamente se alejó de la costa. La corriente descendente del Uruguay, más fuerte que el viento, fue llevando río abajo al navío en una travesía silenciosa. En la cubierta se ubicó Gómez y divisó entre la tiniebla a las tres cañoneras de la armada brasileña que, desde hacía meses, surcaban el Río Uruguay como si se tratase de un cauce de agua propio. Una vez más, Brasil mostraba su insaciable apetencia por el territorio oriental, esta vez con un aliado interno.

En las últimas semanas, los barcos de la flota imperial se habían apostado, primero, en la costa de Entre Ríos, para luego poner sitio a Salto y Paysandú. Gómez desconocía la dimensión real de lo pactado por Flores con los brasileños, pero intuía que había sido una entrega total. Resultaba difícil imaginar semejante felonía.

El 11 de noviembre Leandro lanzó una proclama desde Salto, que en su pasaje final sostenía lo siguiente:

(...) ¡Soldados! El coronel Gómez manda al norte del Río Negro, y al coronel Gómez no lo domina otro pensamiento que la muerte o la independencia oriental, y ese es vuestro compañero de armas, morir antes que ver a nuestra patria dominada por el gobierno brasileño, antes de ver a nuestros hijos y a nuestras mujeres ruborizadas con la asquerosa presencia de la inmunda soldadesca constituida en el instrumento de la dominación de este infame gobierno.

¡Soldados! ¡Viva la República! ¡Viva el gobierno nacional! ¡Guerra o muerte a los bárbaros que quieren dominarnos y a los viles y traidores, sus aliados!

No llegaban a ochocientos los combatientes mal armados que aguardaban en Paysandú. Un número similar pensaba Gómez que tenía Flores. Nadie sabía entonces que las tropas de Brasil sumaban siete mil efectivos bien pertrechados, además del apoyo que, llegado el momento, le brindarían las cañoneras de la flota imperial de Pedro II.

Bordeando la costa, el barco fue bajando por el río. Su suave bamboleo, el silencio interrumpido de a ratos por el canto de los ruiseñores y el cansancio de muchas noches de poco sueño, provocaron que Gómez se durmiera. Su cuerpo se fue deslizando lentamente hasta quedar acostado en la cubierta boca arriba, con su fusil a un lado y los brazos extendidos formando una cruz. Tres horas más tarde, al divisarse la farola del puerto de Paysandú, el potente grito de un búho lo despertó.